Unidad 5

- El proceso educativo

La paidogénesis

Sin palabras demasiado técnicas el proceso educativo puede ser descrito como el conjunto de actividades, mutaciones, operaciones, planificaciones y experiencias realizadas por los agentes perfectivos del hombre, en virtud de las cuales la educabilidad se convierte en realidad; es el conjunto de mecanismos humanos internos o externos por los que el ser humano imperfecto, pero perfectible, consigue la perfección ansiada. De entrada rechazamos toda definición que reduzca el proceso educativo a simple adquisición y trasmisión de contenidos culturales cognoscibles y lo aplicamos al perfeccionamiento real del hombre, sin que los monopolios de la razón, de la inteligencia o la voluntad tengan sitio en nuestro modo de ver. Por tanto, el empeño de movimientos intelectuales, racionalistas o voluntaristas, que tienen de la educación una visión parcial y que cronológicamente fueron anteriores al florecimiento de los actuales estudios antropológicos, no merecen nuestro aplauso.

El proceso educativo es una paidogénesis, expresión helena que significa "origen y desarrollo del niño"; es el fieri de la educación, recorrido intermedio entre el punto de partida (la educabilidad) y de llegada (educación conseguida). El proceso educativo es la puesta en acción de lo teleológico e intencional, a fin de alcanzarlo, con fe en la capacidad educativa del hombre. El estudio, la adquisición de hábitos, la personalización, la socialización, la instrucción, la corrección, el uso de técnicas adecuadas para perseguir la meta, la intercomunicación de las personas intervinientes en la búsqueda de la perfección, el diálogo pedagógico... todo esto son partes del proceso educativo. Podríamos sintetizar todo el conjunto de acciones y procesos en los de personalización y socialización, alrededor de los cuales giran accesorios y embellecedores de los que, podemos prescindir.

De aquí que el proceso educativo sea una antropogénesis y sea convertible con los procesos de hominización y humanización, mediante los cuales el hombre evoluciona biológica y entitativamente, técnica culturalmente, se adapta al medio y se torna motor impulsivo de engrandecimiento. La humanización tiene un sentido filogenético y ontogenético; filogenéticamente el hombre ha llegado a ser tal en un prolongado lapso de tiempo, y tanto más se humaniza cuanto más se aproxima culturalmente a la plenitud humana. Ontogenéticamente, en cada biografía individual, se verifica un proceso similar al de la especie, proceso que aquilata y bruñe más su identidad ontológica; tienen cabida aquí los procesos de aculturación y similares, tan estudiados hoy por la antropología cultural. La mente humana ha evolucionado en sus bases biológicas y en su configuración cultural, circunstancias que ha tenido presentes la teoría educativa para acomodar la educación al lugar y tiempo actuales. En los momentos históricos contemporáneos

la humanización es más ardua, pero más rica y amplia, porque nos fijamos metas más ambiciosas y disponemos de técnicas más eficaces. La hominización, como evolución filogenética, no ha terminado aún, pues los biólogos comprueban el desarrollo constante del cerebro humano y la inmadurez -grande aún-, del cerebro interno, al que corresponden las funciones emocionales e instintivas. La hominización es un proceso de la naturaleza, y la educación sólo puede influir sobre ella de forma indirecta, a través de la estimulación ambiental que demanda aceleración y adaptación al sistema nervioso para relacionarse con el medio. La humanización, sin embargo, es tarea educativa, y constituye la antropogénesis de cada individuo, sujeto indiscutible de educación.

Desde otra perspectiva, el proceso educativo es el esfuerzo diario por adquirir mayor autonomía y responsabilidad, a la vez que una realización más acabada de la persona.

Teorías sobre el proceso educativo

No queremos historiar, de nuevo, las teorías educativas que han tenido ya su exposición; la cuestión es ahora ver cómo se estructuran y jerarquizan los diversos elementos que integran el proceso educativo y averiguar cuál es la categoría primera y fundamental del mismo. Cada teoría educacional ha encumbrado uno de los múltiples elementos, con los cuales se forma el proceso educativo; es muy probable que todas las teorías tengan razón, si el problema fuera acerca del número de elementos, sin preguntar por la primacía entre ellos. Las teorías acerca del proceso educativo eligen un elemento, como primero y fundamental, alrededor del cual se ordenan todos los demás: En otras palabras, nos interesamos ahora por saber cuál es el elemento esencial del proceso educativo. .

La teoría naturalista ha dicho que la naturaleza del hombre, tal y como ha, salido de su autor, es el principal elemento del proceso educativo, y ha subrayado la espontaneidad del desarrollo, como verdaderamente sustantivo.

La teoría comunitario-personalista es aquella que indica que la comunidad educativa, formada básicamente por el maestro y el alumno, es la más importante. La comunidad educativa está vivificada por la "voluntad de educación", que inspira toda la relación afectiva entre el adulto maduro y el ser en desarrollo desvalido; la comunidad educativa, además de estar animada por la relación afectiva, personal, es también alimentada por las normas e instituciones de, sistema educador, dentro del cual se configura. Ésta no es una teoría psicocéntrica ni magistrocéntrica, es sencillamente una defensa de la interrelación entre estos dos elementos; consiguientemente, el rasgo esencial del proceso educativo es la relación y comunicación educativas.

La teoría ambientalista destaca la dependencia activa del medio ambiente como elemento principal, porque parte de una visión biológica evolucionista. Si la vida se desenvuelve en contacto con el medio al que se adapta el ser vivo, la educación ha de perpetrarse también en la dependencia del medio ambiente. Los pragmatistas, experimentalistas y conductistas norteamericanos apoyan esta postura. El ambiente tiene un sentido tan amplio como la suma de todas las

condiciones que activan las dimensiones propias del ser vivo, o como el ambiente social resultante de todas las actividades de los seres semejantes, partícipes en el desarrollo de las actividades de todos sus miembros, o como participación en alguna actividad conjunta,` o como la acción recíproca entre ambiente y organismo. La teoría ambientalista es reprochada por cuantos de una u otra forma no quieren prescindir del maestro en el proceso educativo, olvidado o postergado en esta concepción.

La teoría axiológico-culturalista, cuyo símbolo más connotado fue Julius Wagner, pone su acento en el concepto de la cultura, entendida como recapitulación de todas las creaciones del espíritu humano. Los bienes culturales son valores realizados, y la educación es la transmisión de la cultura adulta a la generación joven. Los bienes culturales influyen en el educando en cuanto que se convierten en bienes educativos. El proceso educativo tiene cuatro etapas o escalones: transformación del bien cultural en bien educativo; transmisión del bien educativo al alumno; transformación del bien educativo en valor de personalidad; actuación del hombre educado en el fomento de la cultura. El proceso educativo es activado por fuerzas objetivas que se encuentran en la materia enseñada, y por las subjetivas, en la personalidad del maestro. El resultado de la educación depende de la afinidad de ambas clases de fuerzas activantes con las fuerzas íntimas del alumno.

La teoría de la escuela activa defiende que el elemento primero y esencial no está asociado al ser del educando, sino a su actividad, pues la vida, con la que ha de concordar la educación, es dinamismo y acción, impulsados por los intereses del educando; se inspira en la metafísica vital de H. Bergson.

La teoría tomista es célebre en este tema, porque su doctrina de las facultades, la naturaleza como fuente de operación y la capacidad de la razón humana se conjugan de tal manera, que dan origen a un modo peculiar de responder sobre cuál es el elemento fundamental del proceso educativo. Santo Tomás se remonta hasta el núcleo constitutivo de la vida espiritual del hombre para conocer el elemento fundamental educativo. La vida humana está formada por tres clases de operaciones: cognoscitivas, dominadas por el entendimiento; morales, donde impera la voluntad; y modificadoras del mundo. Hay un principio ordenador de estas tres clases de operaciones; ese principio es la razón: "el primer principio de todas las operaciones humanas es la razón, y cualesquiera que sean los principios restantes de operaciones humanas, obedecen, de algún modo, a la razón". En forma expresa señala a la razón como ordenadora de las operaciones morales.

La función ejercida por la razón no es una función simplemente cognoscitiva, sino ordenadora. El elemento fundamental del proceso educativo es esa misma función ordenadora de la razón sobre las operaciones humanas. El elemento fundamental del proceso educativo es el mismo que constituye al hombre en su ser espiritual; la función ordenadora alcanza al conocimiento especulativo y al práctico.

Las conclusiones del pensamiento tomista son:

1. El proceso educativo no debe limitarse a ninguna especie particular de las operaciones humanas.
2. Ni activismo ni intelectualismo son teorías verdaderas para explicar este proceso humano.
3. El proceso educativo presupone la orientación de la potencia cognoscitiva hacia la realidad, si bien no puede circunscribirse el proceso a los elementos puramente cognoscitivos.⁵

La teoría del análisis filosófico afirma, por boca de R. S. Péters, profesor del Instituto de Educación en la London University, que "el concepto de educación no se refiere a ningún proceso particular, más bien contiene referencias a los criterios a que deben ajustarse determinados procesos". El criterio básico es el de rendimiento, o mejor aún, el de tarea - rendimiento que nos depara un medio utilitarista, externo y evaluable de entender la educación. Peters no habla en singular del proceso educativo, consecuente con sus principios, sino de procesos educacionales;" y si se le urgiese a que indicase cuál, el verdadero proceso de educación respondería. que la iniciación, en el sentido de que una persona que aprende es iniciada por otra en algo que deberá apropiarse.

Supuestos antropológicos del proceso educativo

En la clásica definición tomista de educación se pone énfasis en la contribución del proceso educativo, a fin de que se logre la perfección del hombre en cuanto hombre; Spranger nos ha hablado de la educación para lo humano; Rufino Blanco, García Hoz. destacan lo específicamente humano como educable; J. Maritain habla de una educación integral para el hombre integral; K. Jaspers nos alerta para no aceptar falsas monedas en materia educativa y piensa que sólo es verdadera aquella que ayuda al hombre a realizarse a sí mismo, La lista de teóricos que abundan en esta misma dirección sería interminable; es lógico, si sabemos que la educación es un proceso exclusivamente humano. En psicoterapia se acepta que más que la clase de técnica seguida por el psicoterapeuta, importa la idea que sobre el hombre tiene quien practica la psicoterapia; me parece transferible al campo educativo, diciendo que más que los instrumentos y los métodos interesa la visión que sobre el hombre tenga el maestro.

Pero prescindiendo de estos preámbulos generales, hemos de coincidir en que existen ciertas dimensiones humanas en las cuales se inserta el proceso educativo. Éste es el significado que esta cuestión antropológica tiene en este capítulo.

El hombre tiene la condición de ser inacabado, incompleto, por lo mismo que es un ser abierto. Si el hombre naciese predeterminado por la naturaleza, ciegamente programado por la instintividad, sin proyectos para el futuro, sin responder él mismo de su autobiografía, no sería un hombre, sino un animal. Pero

en muchos momentos la impenitencia y conciencia de inacabado crea angustia y vértigo, porque se encuentra desamparado e inseguro ante los caminos que se le presentan como viables. La educación viene a llenar ese vacío y a colaborar en el empeño de autorrealizarse y autohacerse; no puede haber proceso educativo sin creatividad y originalidad. La educación, como tarea de perfeccionamiento, presupone diseños no programados, posibilidades no fijadas y proyectos que han de inventarse.

El hombre es un proceso espiritual nunca cumplido, tal y como han enseñado las antropologías de signo dialéctico -Hegel, G. Gentile-, y las de solera evolucionista darwiniana. La verdad es que el hombre es continuo cambio y evolución; hay que prepararle para ese cambio y esa evolución, y esto y no otra cosa es educar. El proceso educativo no es clausurable en el tiempo, porque jamás se puede dar por realizada una persona, en tanto aliente en ella el espíritu de vida. La historia de cada uno es un libro inconcluso, en el que los capítulos se suceden, cuando al margen de lo anecdótico el hombre es novedad."

En la escala animal se termina el ser, se va realizando, por el crecimiento o madurez psicobiológica; en el hombre, los años de mayor plenitud humana no son los de plenitud biológica, de ordinario. Es cierto que la base biológica condiciona el desarrollo y la tendencia hacia lo más perfecto, pero no termina en ella; el hombre es un ser que dentro de la vida supera la biología de laboratorio, porque sobrepasa el alcance bioquímico de la existencia; y esto lo consigue por la apertura de su inteligencia y de su libertad.

La personalidad moral es la suma de las autorrealizaciones de cada autobiografiado, y entre sus propiedades esenciales se cuenta estarse haciendo continuamente. La base de la personalidad metafísica es la de permanencia, pero la de la personalidad moral es la actualidad, o sea, la suma de actos puestos para realizarse, actos que, por supuesto, no contradicen la estabilidad de los hábitos, que tanto facilitan la acción. Las teorías antropológico-axiológicas insisten en este carácter de ser cambiante y actualizante del hombre. El hombre, dirá K. Jaspers, es un *Selbstwerden* (continuo llegar a ser sí-mismo); pero nunca llega, porque si algún día lo consiguiera se habría destruido como hombre, puesto que su continua tendencia al cambio en busca de perfección es su esencia. En cada uno de los valores existen mayores posibilidades de las realizadas por cada sujeto en un momento señalado de su vida; puede ser más sabio, más santo, más rico, más moral, más político... La frustración de esta apetencia y esta sed de mejoría es la causa generadora de angustia en las filosofías existencialistas; la frustración se debe al absurdo de que, por un lado, el hombre aspira a ser más, y, por otro, se siente limitado e impedido de realizar sus anhelos. Es un eterno suplicio de Tántalo. La existencia humana no es similar a la del personaje mítico; el hombre aspira y es consciente de que alguno de sus sueños pasará a ser real.

Telhard de Chardin, por evocar un escritor muy conocido y aceptado en la última década, introdujo el concepto de evolución en el interior del hombre, hasta culminar en la cosmovisión del espíritu, en el que el ser humano alcanzará su plenitud. En una palabra, el hombre, manteniendo su identidad, cambia y

evoluciona, de forma que podemos hablar más de la discontinuidad de la vida humana, que de la continuidad fija e inalterable.

El hombre es un ser espiritual, cualidad que posibilita la educación, como veremos en el capítulo sobre "educabilidad". Por "espíritu" entendemos las dimensiones humanas más elevadas, aquello que es más sutil, requiere mayor evolución y maduración biológica, fisiológica y psíquica. El espíritu representa la tectónica de la personalidad, en expresión de Lersch, aquella zona en la que radican los sentimientos llamados espirituales por E. Spranger, las operaciones á la razón, la voluntad y la libertad. El hombre, para ser educado, necesita, sobre todo, inteligencia y libertad, que son las ventanas por lo que se abre hacia contenidos cognoscitivos no predeterminados por instinto y la fisicoquímica de los sentidos. La capacidad de cono con flexibilidad, con opciones, con riesgo de equivocarse, con originalidad, con creatividad, con hallazgos de soluciones para situaciones difíciles, con perspectiva hacia el futuro es la inteligencia humana y en esta serie de características cognoscitivas ha de apoyarse la educación, que potencia el poder gnoseológico del hombre, para trascender del dato informativo y de las respuestas mecánicas previstas ante determinadas estimulaciones, como si entre el estímulo y la respuesta no existiera más que el vacío en el ser humano. La educación establece una distancia entre el mundo y el pensamiento, lo separa de la cibernética y del rutinario proceder en la conducta, para capacitar al educando a crear y a combinar autónomamente la compleja actividad de su inteligencia. Por la inteligencia, el hombre es abierto y no cerrado en su posibilidad de adaptación a situaciones nuevas y problemáticas; y la apertura es lo único que justifica la educación, que ha de dotar de perfecciones cognoscentes a quien aprende sin determinismos de la escala zoológica. A su vez, la apertura de la inteligencia posibilita la apertura más radical en el hombre y más relacionada con el proceso educativo; nos estamos refiriendo a la libertad, que es la realización más rica del educando. K. Jaspers ha puesto de manifiesto que el ser-sí-mismo del hombre no sería nada sin libertad; ésta es su esencia, ésta reclama educación integral, para que la aventura de la elección no amedrente a la persona, dotada previamente de los dispositivos exigidos por el que acepta la responsabilidad en sus decisiones. El hombre es educable gracias a la inmensa posibilidad electiva de que dispone; donde el ciego instinto apuntara la única solución viable, la educación no sería necesaria, posible y útil.

La inteligencia y la libertad son la garantía de la intencionalidad en la acción humana, y la operación educativa está adornada con la prerrogativa de la intencionalidad, existente sólo en seres que pueden programar su futuro. El animal no puede programarse, porque la naturaleza le ha programado con fixismo y nada ha quedado al albur y a la improvisación; en el hombre todo está espiritualmente improvisado, sin programar. El hombre sólo tiene programadas aquellas dimensiones comunes con las ciencias físicas, químicas, biológicas. Esto sí está programado, actúa ciegamente y sólo puede ser indirectamente controlado. Y esas dimensiones, por lo mismo, no son sujeto de educación; el proceso educativo exige, por consiguiente, apertura que es prerrogativa exclusiva de los seres espirituales.

Elementos del proceso educativo

Al margen de las opiniones y teorías sobre cuál sea el elemento esencial del proceso educativo, reconocemos su variedad y pluralidad,

El educador es admitido por unanimidad, a pesar de que los sistemas paidocéntricos opaquen excesivamente su importancia, lo mismo que hacen todas las teorías autodidácticas y autoeducativas. Aun en que tipo de educación, hoy tan socorrido de la enseñanza por correspondencia que se hace presente por el libro, el programa previamente conccionado y la regulación y el control de los grupos. Hay coincidencia en defenderle, aun en medio de los vaivenes que ha sufrido Sean las épocas y los estilos.

El educando, hoy principal figura, agente primero de la educación en la teoría tomista, es otro de los factores decisivos en el proceso educativo; en él convergen todos los esfuerzos y proyectos de educación; él es quien se personaliza y socializa; él es quien posee las características imprescindibles en toda situación.

La relación y comunicación entre ambos, olvidada o desconocida en los tiempos de la psicología precientífica, ha pasado a ocupar un primer plano en la educación contemporánea, siendo el tema de "educación y comunicación" uno de los "estrella" de los tratados actuales de ciencias de la educación. La industrialización, los contactos internacionales, los métodos psicoterapéuticos, la explotación de los pequeños grupos, el acento que las filosofías existencialistas y antropológicas han puesto en este tema, el tributo que las antropologías científicas han pagado en favor de la mejor intelección del hombre actual; todo ha contribuido a refrescar o innovar este elemento del proceso educativo. Nosotros personalmente le damos la máxima calificación y compartimos la idea de quienes piensan que la comunidad educativa y la relación humana son insustituibles en educación.

El medio ambiente, sobrevalorado por el progresismo norteamericano y por las aplicaciones escolares de la doctrina del "campo" de Kurt Lewin, es, sin duda, otro factor decisivo en materia educacional. Las teorías anteriores a los movimientos ecológicos del siglo xzx, de signo darwiniano, apenas si pudieron sospechar la trascendencia de lo ambiental en el proceso educativo. La corriente psicosocial de "cultura y personalidad", iniciada hace unas décadas en Estados Unidos, ha producido abundante bibliografía sobre el peso que el medio ambiente tiene en educación. Súmense a estos signos ambientalistas la cooperación psicoanalítica en todas las investigaciones de este género, y se comprenderá que no es sólo el conductismo quien ha sobrevalorado el medio ambiente, como elemento educativo.

La razón ordenadora, elemento esencial en las concepciones perennialistas, fue muy tenido en cuenta antes del descrédito de los racionalismos y de los movimientos neokantianos y antes de que los "irracionalismos" intuicionistas y axiológicos sustituyeran las ya poco fidedignas doctrinas racionalistas. Así como las tesis tomistas han sido muy divulgadas en Occidente, cuanto se refiere al estudio del elemento esencial educativo ha sido materia

reservada a eruditos. Para el tomismo el elemento esencial del proceso educativo es la actividad ordenadora de la razón del educando, o la luz de su inteligencia o entendimiento agente, vieja herencia aristotélica. Alrededor de es, elemento esencial se habla de elementos instrumentales primarios que son los primeros principios o principios fundamentales; y elementos instrumentales secundarios, es decir, la adquisición de conocimientos, que suponen el paso de la inmadurez a la madurez cultural, o contenidos de la enseñanza-aprendizaje. Lo admisible es atribuir, la razón una especial intervención en el proceso educativo, tal y como con otra perspectiva, se ha dicho de la inteligencia. '

En cuanto al origen de los elementos, si se milita en cualquiera de las teorías educativas más clásicas, se pueden adelantar tres hipótesis:

1° Los elementos tienen origen fuera del educando, limitando éste a mero receptor de la ciencia y perfeccionamiento, que le son otorgadas por el entorno. El famoso filósofo Avicena representa esta primera hipótesis.

2° La ciencia y el perfeccionamiento preexisten en el educando, en el interior del psiquismo; el educando es activo, porque hace pasar de la potencia al acto cuanto estaba sólo en raíz y germen en su alma. Defensores de esta segunda opción fueron Platón, los que admitieron la existencia de ideas innatas, San Agustín, cierto idealismo...

3° El origen de los elementos en la doctrina tomista. No es idéntica la respuesta para cada una de las clases de elementos. Los elementos primarios son posesión natural e intrínseca del sujeto; el entendimiento los aprehende inmediata y, evidentemente, sin realizar esfuerzo alguno, tal y como se desprende de la teoría gnoseológica de Santo Tomás sobre los primeros principios. Los elementos instrumentales secundarios los adquiere la razón, con trabajo y dedicación, para enriquecerse con ideas acerca de los seres y sus propiedades. La adquisición de estos elementos requiere cierta actividad: "Cuando alguno aplica estos principios universales a seres particulares, cuya memoria y experimentación ha recibido por el sentido, adquiere su propia invención la ciencia de aquellos seres que ignoraba, procediendo de lo conocido a lo desconocido." "

La verdad es que esta cuestión citada de la Summa Theologica y la famosa cuestión "De Magistro" no son una visión integral de la educación, sino únicamente una explicación de la enseñanza; y al menos para nosotros, ésta no es toda la educación. Pensamos que a título de confrontación histórica resulta interesante recordar esta doctrina, pero la vemos insuficiente a la luz del progreso filosófico y antropológico. Estoy seguro que Santo Tomás hubiera completado su punto de vista, y hubiera llegado a una concepción global de la educación. Fuera de la filosofía medieval no ha inquietado el problema del origen de los elementos, una vez que se postergaron las divagaciones sobre el entendimiento agente y el iluminismo teocéntrico.

Modos de realizar el proceso educativo

La educación in fieri o proceso educativo participa de la complejidad, que dijimos posee el concepto de educación. Al igual que en el capítulo anterior, optamos por describir el proceso educativo a base de características fundamentales.

El proceso educativo es maduración y aprendizaje simultáneamente, sin que haya necesidad de hacer una elección disyuntiva. Son dos aspectos básicos del proceso de personalización, que manifiesta la carga hereditaria -maduración- y asimila el medio ambiente por el aprendizaje. Si pensamos que en la definición misma de educación ha de tener cabida el concepto de personalización, es congruente admitir también que el proceso educativo está condicionado por estos dos factores: la maduración y el aprendizaje. Y dentro del factor aprendizaje podemos incluir el "entrenamiento", la "iniciación" y la "instrucción", a los que genéricamente Peters llama procesos educacionales." El "entrenamiento" se refiere al aprendizaje de las habilidades, conquistables por la práctica, el ejercicio y el cumplimiento de tareas; la "instrucción" es un medio muy indicado para llegar a saber lo que las cosas son, evaluarlas con justeza, conquistar el uso significativo del lenguaje y poseer, en definitiva, un cuerpo de conocimientos; la "iniciación" aprecia la intervención del docente en la instrucción, lo que evita pérdida de tiempo, gracias a que los adultos transmiten lo por ellos ya sabido; en el periodo operacional de Piaget el proceso educativo ha de ir unido a la experiencia directa.

El proceso educativo, en cuanto desarrollo, es un proceso natural y espontáneo; y en cuanto aprendizaje, es artificial e intencional. El proceso educativo es genético, lo que permite calificar a la educación de "antropogénesis", por su fundamento biológico y psicológico; y adquirido por tener intervención el aprendizaje. La naturaleza representa lo estático y genético; la artificialidad, la cultura, el aprendizaje y la intencionalidad simbolizan la adaptación y asimilación del medio. En el proceso educativo hay un verdadero maridaje entre maduración y aprendizaje, pues se realiza en un ser que es a la vez naturaleza y espíritu, instinto e inteligencia.

El proceso educativo es interiorización, aspecto que muestra la personalización mejor realizada en la educación que en el abandono en brazos de la espontaneidad natural. Sócrates fue el primer educador que dio el grito de alerta sobre la ineficacia de cuanto disipase al hombre y le distrajera del mundo interior, en el que porta excelsitudes, que la ciencia y la filosofía posterior han revelado; fue el primero en proclamar una educación mediante "el conócete a ti mismo", que no es sino una forma de interiorización; San Agustín, amparado por el pensamiento cristiano de la inhabitación del espíritu en el hombre, fue reiterante en la idea de la interiorización, con aquella célebre frase: "vuélvete a ti mismo, no quieras ir fuera, porque en el interior del hombre habita la verdad", con la que convocaba, hombre hacia sí mismo en lugar de distraerse en las cosas exteriores que le fascinan con su brillo y le hacen olvidarse de la más grande realidad: su ser-sí-mismo. Las corrientes místicas medievales y las más brillantes del Siglo de Oro de la lengua castellana pregonaron la misma idea; la filosofía moderna, con Descartes a la cabeza, constituyen al hombre y su interior en fuente de

conocimiento y verdad; y, en nuestro siglo, Max Scheler y el agustinismo floreciente inciden en el mismo eslogan: In te ipsum reddi (vuélvete hacia ti mismo).

Voy a fijarme en dos autores modernos, que sobresalen por su insistencia en la interiorización, como medio de educación; son Spranger y Jaspers.

La psicología evolutiva constata que la conciencia del yo psicológico se inicia en la segunda infancia (3-7 años), a la que ha precedido un periodo de indistinción. El yo psicológico da señales de su existencia con una crisis de rebeldía y oposición que coincide con la edad de parvulario, y mediante la cual el hombre busca afianzarse en sí mismo. Durante la tercera infancia (7-12), en el contacto con los demás, se consolida el yo psicológico y se prepara para la definitiva etapa de identidad consigo mismo y de descubrimiento de la interioridad, correspondiente a los años de la pubertad y adolescencia. Debesse y Erikson han develado el contenido y los estadios por los que va pasando la crisis de originalidad y de identidad, características de la vida adolescente.

El proceso de interiorización tiene su historia, su curso y su culminación. Paralelos y similares a los del proceso educativo, con el que concuerda en gran medida. El hombre tiene un medio apto para interiorizarse que es la autorreflexión o necesidad de dirigir su pensamiento, en soledad, hacia sí mismo. La reflexión es la que le descubre la esfera de la intimidad, las honduras de sí mismo, la interioridad, o expresiones semejantes sobre la única realidad, que es él mismo, reflejado, no en el espejo, como el yo físico, sino en la "luna" de sí mismo. La autorreflexión es el único camino para interiorizarse, porque ninguna postura autoritaria surte efecto, una vez que el hombre se revela y patentiza.

El sendero a seguir para llegar a la realización completa de sí mismo desde la incipiente imperfección, que es propia de los primeros periodos de la existencia humana, es la autorreflexión, el laboreo íntimo y filosófico. La filosofía clásica había enseñado que la capacidad reflexiva -ser objeto y sujeto de pensamiento simultáneamente- es típica del hombre; Jaspers dice que la autorreflexión es una tarea objetivo-subjetiva, porque parte del hombre y termina en él. Jaspers añade una modalidad original, cual es afirmar que el hombre, al reflexionar, no se desvincula del mundo, antes bien el ser humano se realiza reflexionando en el mundo. La autorreflexión no es un que se impone el hombre solitario, simple y llanamente "para afianzar"; la autorreflexión es sólo un medio, porque la meta es la autorrealización. El peso de cada día arrastra tras sí una inevitable disipación, que puede ser atajada por algunos momentos diarios de autorreflexión. La autorreflexión necesaria para interiorizarse es la activa, que no queda en mera especulación mística. La autorreflexión activa es la continua mirada del hombre hacia el exterior, pues tan sólo en la actividad sabe el hombre lo que es y lo que puede llegar a ser; sin embargo, la autorreflexión especulativa no es superflua, sino que completa la mirada hacia el exterior.

Las conductas pedagógicas para elevar a nivel auténticamente humano el "sí mismo", incipiente, inmaduro, son: la introducción a la reflexión sobre uno mismo; la autocrítica y el aprecio de sí mismo; la conciencia moral personal, cuya

asfixia principal la viven los hombres en sistemas totalitarios; la educación para el sentido de responsabilidad; la educación para el amor, que produce la unión del hombre con todo y con todos .

El proceso educativo es una endoculturación, que corresponde a su faceta socializadora. La endoculturación supone que el proceso educativo es una transacción entre el hombre y el medio, un dar y un tomar, es la suma de presiones socioculturales sobre el individuo, principalmente en la institución escolar, es el "proceso de aprendizaje acerca de la cultura en la cual el niño ha nacido, vive y muere"?° El proceso educativo es una transmisión de hechos establecidos y valores sancionados ya por la generación adulta, además de estimular la creación y progreso de nuevos valores. La endoculturación se diferencia de la socialización en que la primera introduce al ser en desarrollo en la cultura adulta, y la segunda en la sociedad adulta. La endoculturación la califican los antropólogos de "pasaje a la humanidad". El proceso educativo es endoculturación, porque se prepara a los individuos para que por ellos la sociedad se cambie y se proyecte hacia el futuro.

El proceso educativo es formación y perfeccionamiento. Volvemos de nuevo a insertarnos en el pensamiento de K. Jaspers, para quien la educación es perfeccionamiento, quehacer técnico y comunicación; pues bien, nos detenemos ahora a pensar en la primera de estas tres modalidades. El perfeccionamiento es., para el filósofo existencialista, la cara sociológica del proceso educativo. El educando vive en medio de una comunidad sustancial y de una sociedad técnica, para servir a las cuales se prepara el individuo mediante el cultivo del espíritu histórico de la comunidad, mediante la adquisición de conocimientos y mediante la práctica necesaria para adquirir destrezas y habilidades profesionales. Esto es perfeccionarse. Y este perfeccionamiento diferencia al hombre del animal, impulsado éste por sustancias bio lógicas hereditarias, en lugar de ser movido por la transformación histórica heredada.

El proceso educativo; en cuanto perfeccionamiento, es para Jasper, la adquisición de la "segunda naturaleza", siempre en consonancia con los tipos socioculturales en los que se desenvuelve; esta razón justifica que haya habido escuelas aristócratas, privadas, públicas, democráticas, caballerescas. En conclusión, el perfeccionamiento recibe en Jaspers una clara orientación sociológica, de forma que no es perfecto el caballero medieval para los siglos renacentistas, ni el aventurero renacentista para la época industrializada, ni el cabal inglés para la nación griega, y así sucesivamente. La perfección es siempre buena para una coyuntura histórica, geográfica y cultural; pero puede resultar menos adecuada para una comunidad con una tradición histórica propia, que no encaja en un tipo concreto de perfección. El sentido sociológico de la palabra "perfeccionamiento" hace válida esta interpretación jasperianá, porque él mismo renuncia a considerar el proceso educativo como una perfección absoluta con significado unj. versal y omnitemporal. Pero es igualmente verdad que no es éste el único enfoque posible de este vocablo, como veremos a continuación.

En la producción bibliográfica alemana se usan dos términos referidos al proceso educativo, que son: educación (Erziehung) y forma. ción (Bildung); el

segundo data del siglo XVIII y ha desplazado al primero e incluso al antiguo vocablo "crianza", y hasta sustituyen ambos a la palabra "educabilidad", de origen alemán (Herbart) por la "formatividad". La palabra alemana tiene una clara raíz, que hace relación a un modelo o ideal, que es una manera muy germana de concebir teleológicamente la educación; formación significa configurar una "imagen", moldearla, plasmarla en un ser real. Entre nosotros se le ha dado el sentido de dominio de un oficio, y se ha reservado actualmente a la preparación laboral, a la que se llama "formación profesional".

La formación es posible allí donde la vida late con unas estructuras concretas, que dan oportunidad de que existan diferentes "formas de vida", que ha sido igualmente una expresión germánica. La evolución de las especies van moldeándolas y plasmándolas en sus modos de ser presentes de acuerdo con las estructuras inscritas por la naturaleza, hacia las cuales han ido aproximándose mediante procesos de adaptación y asimilación. El hombre, además de las estructuras vitales, ha sido creado según el patrón de la imago Dei y del "hombre nuevo", formulaciones bíblicas demasiado conocidas en Occidente, como para ser inactivas a la hora de discurrir sobre el proceso educativo del hombre; es decir, que hay factores especulativos, biológicos, místicos y religiosos justificantes del concepto de formación, como sinónimo, en profundidad, del de educación.

La formación puede ser material o formal. Formación material es la "realización del contenido del hombre a través de habilidades y modos de pensar, se atiende... a la adaptación social, a la capacidad profesional, a la comprensión del mundo cultural, al decoro, a la moralidad, a la corrección, al entendimiento necesario para la piedad y „, fe"; la formación formal pretende que el cuerpo, el alma y el espíritu realicen sus funciones gracias a la configuración de sus capacidades. Estos dos tipos de formación tienen su traducción en la formación para el ser y para el rendimiento de Max Scheler, y en la formación axiológica y teleológica de Kerschensteiner. Al igual que „n materia de conocimiento, resulta imposible separar realmente la materia y la forma de la formación o de la educación ética.

Desde la época de Rousseau se ha discutido sobre si la formación ha de aplicarse de una manera formal a la formación de capacidades o, de una manera general, a la formación total y esencial del hombre. La universalidad y la individualidad en la formación han sido una antinomia en los teóricos de la educación, desde que Ratke y Cornenius concibieron al polifacético pansofista, y desde que las filosofías individualistas del siglo XVIII prefirieron lo particular a lo general.

Las formas de vida o estilos existenciales perseguidos por la educación en la vida de Occidente han sido: el hombre aristocrático, tan viejo como la antigüedad pagana y más tarde adaptado por el cristianismo para ofrecer el ideal del caballero y de la dama noble; el hombre trabajador, que hace de su labor un ideal y una vocación, modelo común a las sociedades medievales y feudales, dignificado por el -monacato benedictino que consagró el trabajo manual, elevándole a un rango similar al intelectual; el hombre sabio y contemplativo, ya cantado en la filosofía antigua clásica y revalorizado por el cristianismo, con la

labor culta de los monjes y la consagración a la vida contemplativa; el hombre humanista, encarnado en cuantos han ejercido las profesiones liberales y cultas, en cuantos se han dedicado al estudio de las letras y de las ciencias, y, de manera especial, en cuantos se han formado en la horma del cultivo de las lenguas y culturas clásicas.

En consonancia con el principio rusoniano del equilibrio que sería la correspondencia homologada entre necesidades y capacidades, los teóricos modernos de la educación le han dado mayor alcance y se ha significado la adecuación que ha de existir entre el proceso formativo y el ambiente cultural en el que se verifique; E. Spranger lo enuncia así: "en realidad, sólo es asimilado lo que puede relacionarse con el propio círculo vital y la propia esencia", expresando con estas palabras la ausencia de coacción y la necesidad de convergencia entre medio ambiente y educación. En virtud de este principio, es repudiable toda violencia que desconozca el estilo individual de vida, el estadio evolutivo psicológico y el círculo familiar y cultural en el que se realiza el proceso educativo.

Por fin, el proceso educativo es adquisición de hábitos, vieja foral de entenderle que, a pesar de las rectificaciones continuas, es aceptado comúnmente como parte fundamental del proceso educativo, aunque no sea su elemento esencial. Ésta ha sido la actitud de Aristóteles cuando fijaba la meta educativa en la consecución de la virtud y ese era un hábito ético; de Santo Tomás, repetidor de la doctrina aristotélica y creador de puntos de vista inéditos, ofrecidos por la teología católica; de J. Locke y de cuantos han sido defensores de la disciplina, que hermanaba la teoría defensora de la educación como formación de hábitos y la transferencia del aprendizaje-hábito a otras facultades o esferas aparentemente distanciadas de aquellas que habían sido perfeccionadas; de J. Dewey, aunque siempre dentro del marco referencial de su teoría experimentalista e instrumentalista; del perennialismo contemporáneo, que defiende la adquisición de hábitos por el ejercicio reiterado.